

295

# Revista

de

# Ciencias Económicas

---

Publicación mensual del "Centro estudiantes de ciencias económicas"

---

Director:

**Mario V. Ponisio**

---

Administrador:

**Eduardo S. Azaretto**

Secretario de Redacción:

**Rómulo Bogliolo**

Redactores:

**Italo Luis Grassi - Mauricio E. Greffier - Luis Marforio  
José H. Porto - Jacobo Waisman - Juan F. Etcheverry**

---

**Año V**

**Noviembre de 1917**

**Núm. 53**



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
**CHARCAS 1835**  
BUENOS AIRES

## Ideas y comentarios

---

### La inmigración después de la guerra

Si para Europa el problema de la población al final de la masacre reviste excepcional importancia, para nosotros, que debemos los progresos realizados a la cooperación de los hombres de buena voluntad, dicho problema adquiere los contornos de una cuestión fundamental, vinculado como está a la producción, a la riqueza y, en una palabra, al desarrollo económico y financiero del país. Por eso, todo estudio que se refiera al tema en cuestión debe interesarnos sobremanera, tratando, así de obtener la orientación necesaria para arbitrar los medios que permitan neutralizar los efectos de un posible estancamiento o desviación de las corrientes inmigratorias europeas.

En Italia, país de emigración, se estudian las futuras contingencias, pues, el problema es de vital importancia. “Bastan algunas cifras, escribe el diputado César Nava, para establecer la importancia del fenómeno migratorio en Italia. Según un cálculo hecho por el “Comisario de la emigración”, los italianos residentes fuera del reino, sumaban en 1910, 5 millones y medio, repartidos así: cerca de 4 millones y medio en América; un millón, aproximadamente, en las naciones europeas; 200 mil en Africa y el resto en Asia y Oceanía. No menos elocuentes son las cifras que indican la cantidad de italianos emigrados anualmente. En 1881 emigraron 136.000 personas y diez años después esa suma subió a 294.000; en 1901 fueron 533.000 y en 1912 873.000 individuos abandonaron el suelo patrio.

Con estas cifras puede demostrarse el error padecido por los que creen que después de la guerra desaparecerá la emigración, y la inoportunidad del pedido hecho al gobierno para que impida la salida de trabajadores. “En cuanto pudiéramos ser optimistas acerca del porvenir económico de Italia, dice el señor Nava, y yo me cuento entre los que esperan un incremento industrial y comercial más rápido que el anterior a la guerra, no es lícito creer que, a través de este período agitado de guerra, suceda un aumento tal de organismos industriales para poder emplear, junto con los trabajos públicos, los brazos disponibles, porque no hay que olvidar que si muchas fábricas han aparecido en los últimos dos años, ellas están destinadas exclusivamente a la producción de material bélico, de modo que, al final, deberán cesar o transformarse”. Claro está que las industrias destinadas a la fabrica-

ción de elementos para la guerra tratarán de ser útiles en la paz. A nadie escapa la posibilidad de entregar las grandes fundiciones de cañones a la construcción de máquinas útiles para la agricultura y los transportes; la química adquirirá también gran desarrollo. Pero, ello no será obra de unos cuantos días y los inconvenientes habrán de sumarse unos a otros. ¿Podría el gobierno intervenir eficazmente? Hay quienes lo afirman, pero es menester convenir que sólo serían paliativos. La emigración es un fenómeno social determinado por causas económicas, salvo excepciones, superiores a cualquier ley escrita; es una resultante de la diferencia entre lo que da el mercado interno y lo que ofrece el externo, es decir, está regulada por el juego del mercado internacional de trabajo.

Según el autor que venimos citando, después de la guerra, muchos países beligerantes o neutrales tendrían mayor necesidad de obreros extranjeros. "La reconstrucción de un mundo por un lado; inmensos capitales para emplear, del otro. En muchos mercados el nivel de los salarios subirá y tal vez en forma nunca vista. Italia estará siempre entre los países que tienen mano de obra disponible, a pesar de los dolorosos efectos de la guerra". La acción del estado, para atenuar las consecuencias de la desocupación, debe ser inteligente y emprendedora, facilitando los elementos necesarios para influir en la masa trabajadora, aportando su ayuda material y elevando el espíritu y la confianza en las propias fuerzas. Un nuevo empréstito será, entonces, indispensable, agravándose cada vez más la situación financiera del país.

Para nosotros, la consideración, conjetural se entiende, del problema de la inmigración, deja traslucir una inclinación favorable. Las cargas de la guerra y la natural desorganización de las industrias fijas o permanentes harán penosa en extremo la vida, por lo menos durante un cierto número de años. Por otra parte, los países nuevos de América cuyas fuentes de riqueza permanecen semi-inexploradas, habrán de atraer las miradas de los trabajadores y capitales europeos, siempre que nosotros sepamos ofrecerles las garantías y el bienestar a que tienen derecho, abriendo las puertas al comercio exterior sin ponerle trabas de ninguna especie y asegurando al obrero condiciones de vida superiores a las de otros países, por medio de una legislación sabia y previsora.—R. B.